

E. Álvarez, *El trino del diablo*, Palencia, Menoscuarto, 2006. 280 pp.

Enrique Álvarez es un excelente narrador, entregado a sus obras sin obsesionarse por la publicidad de las mismas. No es un escritor secreto, pero sí ausente de los grandes circuitos de la publicidad literaria, sea la televisión o los más afamados suplementos literarios nacionales, a pesar de que su camino literario no es precisamente corto. Acaso convenga recordar que Enrique Álvarez participó siendo muy joven en la aventura de la revista leonesa *Yeldo*, allá por los ya lejanos años de 1973 y 1974. En aquellos años 70, escribía en el *Diario de León* interesantes artículos sobre los narradores leoneses que empezaban a despuntar en el concierto nacional. Pronto, desde muy joven, entendió el mundo literario como su mundo. Y en él ha vivido, singularmente como narrador: es autor de novelas como *El sueño de la ahogada* (1990), *El rostro oculto* (1994) e *Hipótesis sobre Verónica* (1995), y de diferentes libros de relatos, como *Trece narraciones fantásticas* (1981), *Prosa fanática* (1983), *De perdedores* (1990) y *Un ángel cae. Ocho sucesos* (2004). De estos libros de relatos se extraen los dieciocho de *El trino del diablo*, con uno más inédito, el último, titulado "Los incendiados". Todos ellos se nos ofrecen corregidos, como versión última de

los mismos. Diremos también, en este punto, que Enrique Álvarez ha recibido importantes premios literarios, como el "Ciudad de San Sebastián" de cuentos, el "Emilio Hurtado" de libros de cuentos y el "Ciudad de Barbastro" de novela corta

La selección de los cuentos de *El trino del diablo*, título que coincide con el de uno de los relatos, la llevó a cabo Juan Pedro Aparicio, guiado por el criterio del buen gusto personal, y los dispuso cronológicamente.

Los primeros relatos de *El trino del diablo* son cortos, concentrando en pocas líneas una historia. Poco a poco, el escritor irá dando espacio a la narración, que, más compleja, acogerá también mayor número de personajes y una variedad más acusada de matices. La historia de cada cuento es algo más que un mero suceso. El cuento nos dice algo de la condición humana. Intuimos que la imagen del desierto en el primer relato refleja nuestra soledad y un entendimiento de la vida como tramo de dolor. Alguna frase es explícita: "hemos convertido el reformatorio en un magnífico desierto donde, a pesar de ser ya unos cuantos, nos arrastramos y padecemos dramáticos sufrimientos". Y en un sentido trascendente puede leerse "La sala

de espera", espacio que viene a ser una metáfora de la vida como espera permanente; el cuento evidencia que el hombre vive esperando, como los personajes de Esperando a Godot. De igual manera, "El cachorro" nos viene a señalar -Edipo en pequeño- que la normalidad de la vida puede verse alterada por un hecho fortuito que trastorna nuestro discurrir diario y, a la vez, nos descubre facetas de nuestra intimidad que tal hecho casual hace aflorar al exterior. De sentido trascendente podemos dotar, asimismo, a "Miguel Voces", ilustración narrativa acaso del ideal absoluto de liberación de las contingencias temporales; y naturalmente, y como consecuencia, como una parábola más del fracaso. En la introducción habla Aparicio de la presencia de lo numinoso en estos cuentos, pero formando parte de lo cotidiano, lo que hace de los relatos una rara y sabia mezcla de realidad y fantasía. "Hilario" es un cuento que, desde mi punto de vista, se mueve en una atmósfera kafkiana. ¿Quién es ese Hilario que en primera persona cuenta su historia de desecho, "inexpresivo y viejo" cuando lo encuentran, objeto de curiosidad para todos hasta convertirse en estorbo y acabar arruinado y olvidado? ¿Es un ser humano o es la parábola de la vejez, pongamos por caso? ¿O es un Gregorio Samsa de nuestro tiempo? En "El pacto" la intriga mantiene su misterioso desarrollo hasta el final.

Actúan muchos elementos: un pacto extraño que entrañaba "el compromiso de volver", el reconcomio que roe las entrañas durante una vida, derivado de tal pacto, pero inmerso en lo cotidiano, en "la intimidad del trato cotidiano entre los dos" amigos, la espera indefinida y temerosa de que aquel pacto delirante se cumpliera... Y se cumplió. Volvió Humberto Manjón, pero "con un aspecto que en otras circunstancias hubiera resultado irreconocible, dado su avanzado estado de descomposición". Se cumple el pacto, pero lo numinoso, en efecto, se ha instalado en la vida, a lo largo de toda una vida de espera.

Aparicio llega a sugerir que esta literatura la "podemos considerar con toda propiedad fantástica", aunque inserta en situaciones realistas. Para verificar tal aserto bastaría con leer "El cadáver de alabastro". En él hay un sabio manejo de la intriga que se mantiene candente a lo largo del cuento y que nos hace leerlo con tensión creciente. Vemos cómo convertimos en algo misterioso y desazonador nuestras sospechas, nuestras suposiciones, el análisis suspicaz de lo que se sale fuera de los esquemas que guían nuestra lógica de la costumbre; comprobamos la intranquilidad que produce el cambio por nimio que sea, la inquietud que provoca lo que no tiene momentánea explicación, lo que, en fin, alborota nuestro

transcurrir ordinario y origina fantasías derivadas de los desvíos de la lógica, como diría el poeta Guillermo Carnero. La realidad puede, finalmente, acompasar nuestra fantasía a sus esquemas: es la resolución del conflicto en el que hemos vivido desasosegados. Al género fantástico pertenece de lleno uno de los cuentos más atractivos del libro, "La música", asunto frecuente en los relatos de Enrique Álvarez; el enigma del relato no se resuelve hasta el final, pero el misterio envuelve a los personajes, al desarrollo argumental y a la extraña y perversa pieza musical convertida en el centro del relato.

Por encima de todo, sean más o menos realistas o más o menos imbuidos de lo imprevisible, los cuentos de Enrique Álvarez plantean situaciones humanas. Habla Juan Pedro Aparicio de "sobredosis de humanidad" y de "apasionada experiencia por esos caminos de perdición en que se desarrolla la vida...". Son los cauces de perdición o aparentemente quiméricos por los que transcurrimos todos en las situaciones más comunes. Quizá no haga falta acudir a mundos lejanos para trazar una historia: esta brota de las múltiples historias de todos los días, de los hechos comunes y, sobre todo, de nuestra percepción de la realidad y de cómo la interpretamos desde nuestras suspicacias, desde el asomo de la sospecha, desde la desazón y el

desasosiego que producen los hechos nimios, pero que contrarían la percepción ordinaria del vivir diario, es decir, la tranquilidad de la costumbre. Lo que no se adapta a nuestra percepción o a nuestra costumbre desata el cuento. El relato nace de una sorpresa, generalmente insignificante para la mayoría, pero no para ese personaje-protagonista que choca con algo imprevisto o inesperado y que puede desatar su imaginación, cuando no su fantasía. El desconcierto que provoca lo inesperado es el tema que flota bajo la historia de muchos relatos.

Todo puede surgir de la confianza o desconfianza que un personaje genera en nosotros o, como sucede en "El trino del diablo", de que queramos acomodar la realidad de los demás a nuestras intenciones. O de las dudas en torno a una decisión, como en el cuento "Elena Jiménez"; o de la coincidencia o no de nuestro punto de vista con el punto de vista de los demás: léanse en este sentido "Dejar a Felicia", una obra maestra para Aparicio. De lo indicado se desprende que la vida más que hacerla nos hace. No hay fatalismo, creo, pero sí coincidencia en el hecho de que un suceso inesperado y repentino puede torcer el rumbo de una vida e imponer un destino que no parecía el nuestro.

Los cuentos de Enrique Álvarez son narración en estado puro. Asistimos al desarrollo de los hechos sin nada que pueda demorarlos, trátense de digresiones, reflexiones o

descripciones. De ahí un primer rasgo de amenidad, que Enrique Álvarez consigue tanto en acciones prontas a dispararse hacia su remate (los cuentos primeros) como en aquellos que, como "El trino del diablo", discurren demoradamente hacia un final que parece que se nos dilata; o como en el cuento final, "Los incendiados", el único inédito del volumen, que da la talla altísima del narrador. En él un cura maduro cuenta, en su largo reposo de curación, las alucinaciones que empezó a sufrir hasta ver a los parroquianos incendiarse sin abrasarse; el cuento discurre morosamente, acompasado con el reposo demorado del protagonista, envolviendo el relato en un halo espiritual capaz de hacer comprensiva la desgracia. Me parece un relato verdaderamente luminoso.

En general, los cuentos parten del punto de vista del protagonista, sea en primera o en tercera persona; pero Enrique Álvarez domina los trucos de la narración y puede hacer coincidir diferentes puntos de vista, con técnicas como el monólogo interior, cartas y distintas voces, las de la vigilia y las que llegan desde el sueño y la pesadilla, como puede verse leyendo "Iván y Carmen", uno de los cuentos más largos y complejos, uno de los mejores

también. Se trata de algo verdaderamente importante: la polifonía de voces, que Bajtin atribuyó a la novela moderna y que viene a decirnos, en apresurado resumen, que a la voz del narrador llegan voces ajenas, previamente ideologizadas, que se mezclan con la suya; un ejemplo sencillo, en el inicio de "El cachorro": el narrador nos dice que a primera hora de la mañana el niño José Alberto sale camino del colegio para realizar un examen de literatura "para el cual había estudiado como una bestia las dos noches anteriores y estaba convencido de que haría un ejercicio impresionante"; en la voz del narrador resuena, como forma indirecta, la del niño ("como una bestia", "ejercicio impresionante") que a su vez traduce el registro del habla coloquial escolar o estudiantil. No sé si los cuentos de Enrique Álvarez mantienen una unidad que no es más que un mito de la literatura o de la crítica. Su virtud es, más bien, la capacidad creadora, la inventiva engendradora de mundos posibles varios y variados. Lo que sí hay es una atmósfera peculiar y un estilo singular que hemos desgranado a lo largo de esta reseña.

José Enrique Martínez